Los colonizadores

J. A. Gutiérrez

Image not found.

Capítulo 1

LOS COLONIZADORES

¡Ay, pobre de mí! ¿Cuándo terminará éste suplicio? Alrededor de mi cabeza sigue dando vueltas sin descanso; zumbido recalcitrante de alas pequeñas y malignas, como un motor en miniatura, destrozando mis nervios y el silencio de la noche.

Bueno... silencio relativo. Mi esposa, Mariana, sigue durmiendo. ¡Cómo la envidio! Sus ronquidos resuenan por toda la habitación, completamente ajena a la tortura a la que me somete el acoso de éste minúsculo vampiro del Averno. ¡Malditos, malditos insectos!

Todas las noches es la misma historia. Sí, hay un mosquitero instalado en la ventana, pero de nada ha servido. No sé por dónde entran, pero lo hacen, y siempre saben cómo encontrarnos. No sé si se guían por los ronquidos de Mariana, o por el olor. Quizá pueden detectar el calor de nuestros cuerpos. ¡No lo sé, ni me interesa! Soy de esas personas que no derramarían una sola lágrima si los mosquitos se extinguieran, porque... ¡cómo joroban!

Ésta noche ha sido la peor en mucho tiempo. A veces hay enjambres enteros en la habitación, y aunque mate a muchos antes de apagar las luces y acostarme- casi siempre entre las quejas y gruñidos de Mariana, a quien, injustamente, nunca parecen hostigar-, siempre quedan cuatro o cinco con vida para atormentarme.

Hoy no. Sólo hay uno. Lo escucho dando vueltas sobre la cabecera, sobre la cómoda y junto a la pared. ¡Que irritante es su zumbido! Recostado con la nuca sobre la almohada, y los ojos resecos y doloridos, abiertos de par en par, espero con la mano levantada sobre el rostro, dispuesto a asestar una bofetada que ponga fin a la sanguinaria bestiezuela, tan pronto como se pose sobre mi frente, mi mejilla, o la punta de mi nariz, ya tan castigada.

Pareciera tener algun tipo de inteligencia. Da giros mortales para evitar mi mano. Zumba junto a mis oídos para anunciar su desdén. Sólo le falta reírse. ¡Tal vez lo hace! Pero no escapará. Aunque me tome toda la noche, y no pueda pegar ojo hasta la mañana, ¡aplastaré a ese pequeño malnacido!

Espero...

Le escucho dar vueltas cual microscópico torbellino, buscando la mejor pista de aterrizaje. De pronto, el sonido cesa. No bajo la mano, pero

siento renacer la esperanza. Quizá por fin se ha dado por vencido. Quizá ha decidido enfocar sus atenciones en mi esposa. Después de todo, cuando ella duerme ni el mismo conde Drácula asaltando su garganta se las arreglaría para despertarla.

Pero no. No tengo tanta suerte.

Siento un picor en el dedo gordo de un pie. ¡Ahí está el desgraciado! Agito el pie para espantarlo. De inmediato reanuda su zumbar. Cubro mis miembros desprotegidos con el cobertor. Así no tendrá más remedio que atacar mi rostro, y cuando lo haga...

Ya viene.

Levanto ambas manos. Debo parecer un demente. Pero es que éstos bichos inmundos se las arreglan para enloquecer a los más cuerdos, bien lo sabe cualquiera que comparta mis nocturnos infortunios.

¡Zaz!

Una bofetada que me deja casi aturdido. El maldito se ha escapado. Zumba unos momentos antes de lanzarse en picada nuevamente, cual avión de guerra. ¡Zaz! ¡Zaz! Me golpeo la frente, creyendo sentir sus sucias patitas aterrizando en mi epidermis. Nada. Sólo veo estrellas, y el zumbido sigue y sigue, triunfante, burlón...

¡Maldito! ¡Cochino engendro de los pantanos! ¡Te has metido con el hombre equivocado!

Una y otra vez golpeo, a diestra y siniestra. No le daré tiempo a reaccionar. Ni el más diestro de los mosquitos puede manejar tantos ataques a la vez. ¿O sí? ¿O sí?

¡Ah, condenación... parece que puede! Mañana estaré cubierto de moretones, y por lo que veo, también de ronchas, pues el bicho sigue en sus trece. Su minúsculo cerebro debe reaccionar con velocidad de vértigo, porque ninguno de mis aplausos en la penumbra logra despanzurrarlo. Aprieto los dientes. Golpeo el colchón. Mariana rezonga entre sueños, y se vuelve de cara hacia la pared. Es mi oportunidad.

Alargo el brazo y enciendo la lámpara de la mesilla. La luz es amarilla y mortecina; no despertará a Mariana. Pero puede que me permita ver a la bestia...

Permanezco echado. Mis ojos parpadean y bizquean, exigiendo sueño, pero no dejo de moverlos de lado a lado, buscando cualquier movimiento en las paredes, en el techo, cualquier indicio del enemigo... ¡Ahí! ¡Ahí está, justo sobre el espejo de Mariana! Tan sólo un puntito negro, inmovil.

Inofensivo. ¡Hipócrita!

Me levanto muy despacio, y recojo del suelo una de mis pantuflas. Se le acabó la suerte al malnacido. Me acerco de puntitas, conteniendo la respiración. De paso, echo un vistazo al reloj de pared. Las tres y media de la mañana. ¡Esperpento palustre de seis patas, me has hecho perder casi toda la noche! Pero ya te arreglaré...

¡ZAZ!

La pantufla hace contacto, pero falla. El minúsculo monstruo revolotea indemne por el aire. Ahogando un grito de frustración, agito la pantufla en el aire, intentando derribarle. Es en vano. La arrojo al suelo y comienzo a aplaudir mientras doy vueltas como una peonza empijamada sobre la alfombra.

¡Muere! ¡Muere! ¡¡MUERE!!

Las manos me duelen. Incluso hay un poco de sangre en las palmas. Esperen... ¿significa eso que... le dí?
¡Sí! ¡Sí, ahí está! ¡Ha caido sobre el vidrio de la mesilla! Ahí está, despatarrado... un manchón oscuro en un diminuto charco de sangre. De mi sangre. ¡Oh, dulce victoria! ¡Chúpate esa, mosquito de porquería!

Un hombre sensato habría suspirado de alivio, y se habría ido a la cama de inmediato. Pero yo quiero ver de cerca el patético espectáculo de mi enemigo vencido. Regodearme en su violento final.

Me arrodillo frente a la mesilla, esperando ver las patitas retorcidas, listadas de blanco y negro; las alas desprendidas que ya no atormentarán oído alguno. Solo que... no veo nada de eso.

Sí, ahí, en el charquito de sangre, hay un diminuto bulto negro pero... no parece un mosquito. Me froto los ojos. Los tengo tan cansados... parecen protestar cuando les pongo en frente los anteojos. ¡Ay!

¡Eso no es un mosquito! ¡No es ninguna clase de insecto! El sueño se me pasa de inmediato. Los ojos se me abren desmesuradamente. ¿Es lo que creo? ¡Un cristal de aumento! ¡Necesito un cristal de aumento!
Abro los cajones de la cómoda. No está por ningún lado. Maldigo entre dientes.

"Ramiro" murmura Mariana. ¡Joder, me las he arreglado para despertarle! Si ve la hora que es, se pondrá furiosa. "Ramiro... ¿qué estás haciendo?"

"Nada, querida..."

En la cocina. El cristal de aumento está en la cocina, ya recuerdo. Mariana

comienza a darse la vuelta. Puedo ver sus cabellos enrulados emergiendo de entre los cobertores como las serpientes de Medusa. Mejor me voy...

Con un papelito recojo los restos ensangrentados de mi víctima, que fuese victimario, y tras apagar la luz, bajo con cuidado las escaleras. En la cocina encuentro rápidamente una lupa, y me apresuro a examinar mi trofeo.

¡No puede ser!

Sobre el blanco del papel, resulta aún más claro. No es un insecto... es un platillo volador.

¿Qué? ¿¡Qué!? No, no, no... eso es absurdo. Los platillos voladores no existen. Son cosa del canal de Ciencia Ficción. Toda la gente que he conocido que dijo creer en platillos voladores... todos eran lunáticos. El tipo de persona que cree también en fantasmas y el monstruo del lago Ness.
Estoy viendo cosas...

Parpadeo. Me froto los ojos, una y otra vez. La imagen no cambia. Sigue ahí tan clara como el agua. Un diminuto disco metálico, aplastado, ensangrentado... absurdo. ¡Absurdo!

Me echo hacia atrás, dándome en los riñones contra las llaves de la estufa. No, no, no... lo que me atormentaba era un mosquito. ¡Si escuchaba claramente sus alitas de porquería, haciendo ese ruido infernal!

Aunque... también podía haber sido un motor muy pequeñito...

¡No, no, hombre, Ramiro! ¡Vuelve a tus cabales! ¿Quieres? ¡Tú viste al bicho revoloteando alrededor de tu cara, y posado en la pared, sobre el espejo!

Aunque... no traía puestos los anteojos.

¡Maldición! ¡Joder! ¿Y si de veras es un minúsculo platillo volador? ¡Estúpida lente de aumento! No aumentas lo suficiente. Si pudiera encontrar mi viejo microscopio quizá resulte que no es más que una tuerca perdida, un pedacito de maquinaria... quizá de un reloj, o algún otro aparato.
¡Sí, eso debe ser! De seguro mientras daba de pantuflazos por toda la habitación rompí algo sin darme cuenta. Eso tiene mucho más sentido. Pero igual hay que cerciorarse...

Salgo corriendo a la cochera. Ahí están todas las cajas con cosas viejas que casi no usamos. El microscopio… debe estar en la que rotulé como

“Cosas de Ramiro; por favor, Mariana, no tires esto a la basura”.
Si, ahí está. Polvoriento, pero nada que no pueda arreglarse con los trapos de la cocina. Mi viejo microscopio, reliquia de mi trunca carrera de medicina… misma que dejé porque todos, profesores y compañeros de clase, eran unos pedantes insoportables… ¡ay, cómo se reirían de mí si supieran que estoy considerando la posibilidad de que lo que hay en el papelito de mi cocina sea un…!

No, no, no saltemos a conclusiones.

Regreso corriendo. Pongo el charquito de sangre con el bultito negro bajo la lente. Aumentar… aumentar…
… aumentar los nervios y los escalofríos.

Es que no hay otra forma de describirlo. ¡Sí, ahí está! ¡Es un diminuto platillo volador! ¡Es de color oscuro, pero brilla como metal! ¡Aumento! ¡Tiene una hilera de minúsculas ventanitas! ¡Dios mío

El sudor me cae por la frente. Las manos me tiemblan. De pronto, lanzo un alarido. Vuelvo a golpearme con la estufa.

¡Dios mío! ¡Díganme que no he visto lo que…!

Me cubro la boca con una mano sudorosa. Vuelvo a acercarme. Lentamente vuelvo a echar un vistazo a través del microscopio.

¡Oh, Dios mío!

¡Sí, el disco con ventanitas era un platillo volante… y ahí, regados en la sangre, están sus tripulantes!

Aunque con trabajos, puedo ver sus rostros alienígenas, con los ojos y las bocas abiertos en una postrera expresión de horror. ¡Que cuadro tan espeluznante! ¡Docenas de ellos, muertos, algunos aplastados… cabezas redondas como cebollines, brazos delgadísimos, cuerpos que se alargan en una especie de exigua cola de sirena!

¡Cientos de ellos! ¡Miles, incluso! ¡Muertos, todos muertos de un golpe! ¡Un golpe que yo asesté!

Lanzo otro gemido.

“¡Ramiro!”

Es Mariana… ¿qué dirá cuando vea esto? ¿Cómo voy a explicárselo? Pero... ¡ay! ¿Cómo puede ser cierto lo que veo? ¿Cómo es posible? ¿Y si más bien me estoy volviendo loco, y cuando ella venga y exija saber lo que ocurre, y yo le diga que mire por el microscopio... qué tal si ella no ve

nada más que un mosquito muerto?

¿¿Qué tal si no ve nada en absoluto??

"¡¡Ramiro!!"

"Ramiro…"

"¡Ya voy, querida!"

La voz me tiembla, y se me queda atorada en la garganta al darme cuenta de que el segundo "Ramiro" no lo profirió mi esposa.

"Ramiro…"

Una voz que no es ni masculina ni femenina, llamándome por mi nombre. No la escucho en mis oídos, sino en mi cabeza…

"Ramiro… danos muestra de que nos escuchas"

"¿Quién eres?" pregunto, dando vueltas en la cocina, mirando a la puerta, a las ventanas, a la nevera… "¿Quién eres? ¿De dónde me estás hablando?"

"Sal de la casa. Tenemos que hablar"

No tengo remedio. Con las piernas temblorosas hago lo que me pide. Doy un gemido al ver un enjambre de… no, no son mosquitos.
Eso sería demasiado afortunado.
Son naves… sí, naves espaciales del tamaño de insectos, dando vueltas alrededor del matabichos eléctrico…

"Ramiro… ¿te das cuenta de lo que has hecho?"

Me defiendo. Insisto en que no era mi intención. ¡Pensé que era un mosquito! ¿Cómo iba a imaginarme que era una nave extraterrestre con docenas de tripulantes? ¿A quién se le habría ocurrido semejante cosa? ¡Las naves espaciales son grandes! ¿O no? ¿¿O no??

"*Tranquilízate y escucha, Ramiro. Es verdad que no tenías forma de saberlo. Hemos procurado mantener nuestra existencia en secreto, de modo que, aunque la destrucción de la nave de inmigración ZG767 es una terrible desgracia, no podemos realmente culparte por lo sucedido"*

"¿Nave de inmigración? P-p-pero… ¿de qué están hablando?"

"Somos parte de una civilización muy antigua y muy avanzada. Dominamos el viaje interplanetario hace mucho tiempo, pero a pesar de

toda nuestra tecnología, estamos- como ustedes-, limitados siempre por nuestras necesidades biológicas. Del mismo modo que ustedes necesitan respirar oxigeno constantemente, nosotros sólo podemos sobrevivir si estamos inmersos en un medio fluido y rico en ciertos nutrientes orgánicos, así como en condiciones de temperatura muy específicas; una combinación sumamente difícil de hallar en el universo"

"¡Dios mío…!"

"Sucede que la sangre de los de tu especie reúne esas características. Lo descubrimos hace ya mucho, y ya que los recursos en nuestro mundo se vuelven más escasos, hemos tenido que enviar numerosas naves de inmigración a este planeta. Ustedes rara vez se percatan de nuestra existencia. Nos acercamos cuando duermen, y transferimos el fluido de soporte vital a su sangre en un proceso que dura apenas un par de segundos, y que rara vez llegan a sentir. Alrededor del cincuenta por ciento de ustedes son huéspedes de nuestras colonias, unas más desarrolladas que otras"

"¿Están diciendo que existen… *civilizaciones extraterrestres* viviendo en nuestra sangre??"

"Efectivamente"

"¿Como... como parásitos?"

"En absoluto. Ese término es más bien peyorativo, y en nada correcto en éste caso. Un parásito no proporciona nada a cambio de los beneficios que obtiene de su huésped. Sólo sabe tomar... explotar, hasta que acaba por matar tanto a su huésped como a sí mismo. Nosotros, en cambio, sólo absorbemos los elementos orgánicos que necesitamos para sobrevivir, y a cambio mantenemos el organismo huésped libre de infecciones, aunque sólo sea porque, naturalmente, no nos conviene tener formas de vida perniciosas en nuestro hábitat..."

"Es absurdo..."

"¿Cuándo fue la última vez que estuviste enfermo, Ramiro?"

"Pues… yo…yo no..."

"No lo recuerdas porque desde hace ya muchos años eres la sede de una de las grandes superpotencias de nuestra raza. En tu sangre hierve la actividad de una de nuestras urbes más populosas. Por eso recibes tantas naves de inmigrantes"

"¿Una ciudad…??"

“Siendo objetivos, en el gran esquema de las cosas, Ramiro, la destrucción de la ZG767 no significa gran cosa. Pero nuestra supervivencia depende de que nuestra existencia continúe siendo un secreto. Ahora escucha con atención; ya sabes que existimos, como lo saben también otros humanos que han destruido naves de inmigración y se han percatado de ello. Y al igual que ellos, debes tomar una decisión. Puedes jurar que lo mantendrás en secreto por el resto de tu vida, en cuyo caso podrás continuar tu vida normal como si nada hubiese sucedido, o…”

“¿O?”

“*O puedes negarte, en cuyo caso tendremos que neutralizarte, cosa que será sumamente engorrosa y podría repercutir de forma muy negativa en nuestra civilización”*

“¡Ramiro, contéstame! ¿Qué estás haciendo allá abajo?”

Maldición, mi esposa…

Trago saliva, intentando procesar lo que acaban de decirme.

“¿Neutralizarme?” repito entre dientes, sintiendo un nudo en la garganta “No comprendo…”

“Podemos trasladarnos a través de tu sangre por todo tu organismo, y tenemos estaciones de mando en tu cerebro y otros órganos importantes. Si nos vemos obligados a ello, podemos desactivarlos uno por uno. Ya sabes lo que eso significa. Pero no queremos hacerlo, Ramiro, porque supondría la inutilización de nuestro hábitat, y la evacuación por parte de millones de habitantes. Sería un caos. Te suplicamos que no nos obligues a hacer eso"

"¡Desactivar mis órganos! ¡Hablan... hablan de destruirme desde adentro!"

"Sería la única forma de asegurar el secreto que exige nuestra supervivencia a largo plazo. Ahora, Ramiro, es hora de decidir"

"P..p...pero..."

Las emociones me abruman. Estoy aterrado, sí, pero no estoy seguro de por qué. ¿Es porque hay extraterrestres en mi cerebro, amenazando con matarme? ¿O porque escucho extraterrestres en mi cerebro para empezar?

¿Y si sencillamente me volví loco?

“¡¡RAMIRO!!”

Es Mariana. Escucho las escaleras crujiendo bajo su formidable humanidad. Viene a la planta baja. ¡Dios! ¿De todas las noches, tenía que elegir esta para no dormir como tronco?

“Esperamos tu respuesta, Ramiro. Nos tomamos la supervivencia de nuestra especie muy en serio. No estamos jugando”

“¿Matarme…?” repito con los labios secos.

De pronto, el miedo se convierte en rabia. ¿Quiénes se creen para invadir mi cuerpo de esa forma? ¿Para chantajearme o manipularme? Si lo que dicen es verdad y no estoy loco, entonces sí, acabo de destruir una nave llena de los suyos, pero… ¡pero sólo por accidente! ¡Ellos están amenazando con destruirme *a propósito*! ¡No es justo!
¡No lo toleraré!

El enjambre de mini-naves comienza a zumbar con más fuerza. Se acercan a mi… revolotean a mi alrededor como avispones enfurecidos.

“Dínos tu decisión, Ramiro”

“¿Cómo sé que no están mintiendo para salvarse?” siento que la rabia me invade “¡Ustedes tienen más miedo que yo! ¡No son más que un montón de insectos! ¡Bichos insignificantes! ¿Cómo sé que están diciendo la verdad?”

Comienzo a agitar las manos en el aire para espantarlos. Para alejarlos de mi rostro. Me evaden con destreza increíble, y siguen llegando. Comienzo a gritar. Las ventanas de los vecinos se encienden con luces y protestas.

No me importa.

Estoy furioso con los insectos. Los aplastaré a todos. ¡Cómo se atreven!

“¡¡RAMIRO!! ¿¡QUE DIABLOS ESTAS HACIENDO AQUÍ A ESTAS HORAS?! ¡¡VUELVE A LA CAMA O…!!”

Me doy la vuelta. Mariana esta parada en la entrada, hecha una furia. La voz en mi cabeza vuelve a sonar, con un tono rayano en la tristeza.

“Siempre decimos la verdad”

Me invade una sensación extraña… un picor en la nariz.

Intento cubrirme la boca pero antes de que pueda siquiera mover un musculo, estornudo.

¡¡BUM!!

Una onda expansiva hace añicos las ventanas y me lanza de espaldas contra el barandal del porche, que se hace pedazos. Caigo al suelo, cegado por una luz indescriptible, y cuando me levanto a medias, veo por un instante una nube de fuego y humo en forma de hongo que se levanta alrededor de dos metros frente a mi puerta.

Luego, desaparece.

Tampoco veo a Mariana.

Hay un montón de ceniza sobre el tapete de bienvenida. Un *enorme* montón de ceniza.

¡Ay, se va a poner furiosa cuando vea eso!

Pero... ¿de qué estoy hablando? ¡Ese montón de ceniza es Mariana!

"Has sido testigo de lo que somos capaces" dice implacable la voz en mi cerebro "*Nuestras armas subatómicas pueden desintegrar a un humano en un instante. No nos agrada usar métodos tan conspicuos, pero ahora comprenderás que no nos costaría ningún trabajo tomar medidas drásticas para proteger a los nuestros. Así que, ¿cual es tu decisión, Ramiro?"*

Lanzo un alarido. Me pongo de rodillas, derramando lágrimas de terror.

"¡Lo juro, lo juro, tienen mi palabra! ¡No diré nada sobre ustedes, lo prometo!"

No tengo elección. A mi esposa la acaban de desintegrar con misiles lanzados desde mis fosas nasales. No estoy a su nivel. Me guste o no, soy su propiedad.
Es lo último que recuerdo, antes de que todo se vuelva borroso.

Oscuridad.

Cuando despierto, estoy de vuelta en la cama. Todavía es de noche. Un mosquito zumba en la habitación. Me asomo por un lado de la cama. Mis pantuflas están ahí, en su sitio, tal como las dejo siempre. El reloj hace tic-tac en la pared. Gota a gota me llegan los recuerdos, pero ahora sé que no son reales. No ha sido más que un sueño febril. Una pesadilla.

"¡Gracias a Dios!" suspiro con alivio "¡Ni te imaginas lo que acabo de soñar, Mariana! ¿Mariana, sigues dormida? ¿Mariana? ¡Mariana! ¡¡MARIANA!!